

**Trabajo de Fin de Grado**

Grado en Filosofía

Universidad de La Laguna

Curso 2023-2024

De la necesidad de una historia al servicio de la vida: un diálogo  
entre Nietzsche y Benjamin

---

Alumna: Verónica González Benítez

Tutora: Chaxiraxi María Escuela Cruz

## ÍNDICE

1. Introducción .....	1
2. Antecedentes. Principales corrientes historiográficas del siglo XIX: romanticismo, historicismo, positivismo y materialismo histórico .....	3
3. Estado actual .....	6
3.1 La historiografía del siglo XX: debilitamiento de las alternativas al positivismo e historicismo .....	6
3.2 Vigencia de los planteamientos de Nietzsche y Benjamin .....	6
4. Discusión y posicionamiento .....	9
4.1 Nietzsche: el equilibrio entre lo histórico y lo ahistórico .....	9
4.1.1 ¿Cómo nos relacionamos con la historia? Historia monumental, anticuaría y crítica .....	9
4.1.2 “Fuerza plástica” y memoria crítica .....	13
4.1.3 La genealogía como análisis histórico .....	14
4.2 Benjamin: la importancia de la memoria de los vencidos .....	15
4.2.1 Crítica al historicismo y al materialismo histórico de la Segunda Internacional .....	15
4.2.2 Memoria, débil fuerza mesiánica y redención .....	17
4.2.3 La necesidad de repensar el materialismo histórico .....	19
4.3 Nietzsche y Benjamin: puntos en común y divergencias .....	19
5. Conclusiones y vías abiertas .....	22
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	24

## **1. Introducción**

El historicismo y el positivismo han dominado desde el siglo XIX la historiografía. Desde su génesis hasta hoy, estas corrientes han conseguido imponer algunas de las que aún en la actualidad son verdades raramente cuestionadas en el ámbito de la historia. La primera de estas aseveraciones tiene que ver con el presunto carácter objetivo del relato histórico, que se presenta como una narración fundamentada en hechos que prescinde de cualquier interpretación por parte del historiador. A ella se suma la concepción de la historiografía como una disciplina cuyo fin es la mera acumulación de conocimiento y que abandona toda pretensión de utilizarla como medio para instruirnos en el presente. En tercer lugar, encontramos la consideración de que el progreso es el principio que subyace en la historia, de manera que nos encontramos en un continuo avance hacia mejores y más altos niveles de desarrollo humano. Esta idea de progreso se sustenta, a su vez, en la concepción del tiempo histórico como lineal y continuo, que destierra teóricamente cualquier ruptura, forzándola a encajar en una pretendida concatenación lógica.

El presente trabajo se propone como un diálogo entre dos autores, Friedrich Nietzsche y Walter Benjamin, quienes cuestionaron esta concepción de la actividad historiográfica y cuyas aportaciones, que giran en torno a la idea de una relación con la historia que sirva para afrontar el presente, perduran hasta nuestros días. Teniendo conciencia de que ambos autores formularon sus propuestas en unas coordenadas sociohistóricas diferentes a las nuestras, no se pretende traer sus planteamientos a la actualidad sin respetar el núcleo temporal de su teoría. El objetivo de esta investigación es, en cambio, proponer una lectura de sus respectivas comprensiones de lo histórico que, mostrando sus elementos de afinidad y de divergencia, ponga de manifiesto la vigencia de algunas de sus ideas.

Para ello, en los antecedentes se procederá al análisis de las principales corrientes historiográficas del siglo XIX, es decir, del romanticismo, el materialismo histórico, el historicismo y el positivismo, prestando atención a estas dos últimas, dado que son las que más relevancia tienen en la actualidad y a las que Nietzsche y Benjamin dedicaron, principalmente, sus críticas. A continuación, en el estado actual del tema, se revisará brevemente el fracaso de la Escuela de Annales y el marxismo como posibles alternativas al historicismo y el positivismo, así como el consecuente reforzamiento de estas. También se hará una reflexión sobre la acogida que han tenido las teorías de Nietzsche y Benjamin en el ámbito de la historiografía. En la discusión y posicionamiento se analizarán las propuestas nietzscheana y benjaminiana en materia histórica, utilizando, para ello, las dos

principales obras en las que ambos filósofos plantearon sus respectivas aportaciones a la filosofía de la historia, a saber, *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida* de Nietzsche y las tesis *Sobre el concepto de historia* de Benjamin, dando cuenta de las principales similitudes y diferencias entre ambos proyectos teóricos. Por último, a modo de conclusión se valorará el aporte que suponen las teorías nietzscheana y benjaminiana al quehacer histórico en la actualidad, recurriendo para ello a la Ley de Memoria Histórica y la Ley de Memoria Democrática, así como a algunas de las propuestas más prometedoras en este sentido, esto es, la Historia Pública y de la Memoria y la Historia a Debate. En este punto también se destacará el valor del “historicismo vitalista” de Dilthey como posible vía teórica a explorar.

## **2. Antecedentes. Principales corrientes historiográficas del siglo XIX: romanticismo, historicismo, positivismo y materialismo histórico**

El siglo XIX, conocido como “el siglo de la historia”, fue un periodo caracterizado por el surgimiento de la conciencia nacional y la búsqueda de una historiografía basada en la razón y la documentación. Esto se traduce, fundamentalmente, en el desarrollo del ya existente romanticismo histórico y el surgimiento de nuevas corrientes, entre las que destacan el historicismo, el positivismo y el materialismo histórico.

El romanticismo surgió como movimiento cultural a finales del XVIII en oposición al racionalismo ilustrado y el neoclasicismo. Se caracteriza por considerar que “la prioridad del quehacer cultural debía estar centrada y motivada por los sentimientos, aprecio de lo personal y lo subjetivo, culto al carácter nacional o *Volksgeist*” (Romero, 2020, p. 85). El nuevo modelo de estado liberal, que se va consolidando a lo largo del siglo XIX, requería de un reforzamiento de la identidad nacional, por lo que, en el plano historiográfico, el romanticismo se orientará a buscar en el pasado elementos que contribuyan a su construcción.

Por su parte, el historicismo surge a principios del siglo XIX como una corriente historiográfica centrada en el análisis de fuentes primarias que permitan reconstruir los hechos tal y como sucedieron, poniendo atención a omitir en dicha narración cualquier interpretación subjetiva del historiador. De esa manera, el historiador “opera como un “coleccionista de datos”, los cuales conecta a modo de constelación, permitiendo que, desde su perspectiva, brotara la veracidad del hecho” (Buroz, 2023, p. 184). Lo que permite este estudio desinteresado del pasado es la razón, por lo que el historicismo es un movimiento que atiende a los principios de la Ilustración, de la que hereda, también, la noción de progreso, ya que el historicista parte de la tesis de que “la historia se desarrolla según leyes que operan desde su interior, con independencia de los sujetos particulares que en cada momento la habitan” (Ríos, 2015, p. 55). La explicación historicista está, por tanto, generalmente atravesada por esa teleología ilustrada. Dentro de esta corriente historiográfica destacan las figuras de Leopold von Ranke, Wilhelm Dilthey y Ernst Troeltsch.

Ranke, considerado como uno de los fundadores del historicismo, defendió una historiografía basada en una reconstrucción objetiva del pasado que destierre toda posible parcialidad por parte del historiador y abandone la pretensión de extraer lecciones de los hechos históricos que nos puedan servir en el presente para construir un futuro mejor: “Se

ha dicho que la historia tiene por misión enjuiciar el pasado e instruir el presente en favor del futuro (...) Nuestro objetivo es más modesto: sólo queremos exponer cómo ocurrieron, en realidad, las cosas” (Ranke, 1986, p. 38). Aunque fue crítico con la idea de progreso en materia moral, Ranke sí asumió la idea de un progreso en el ámbito material y cultural.

En su libro *Filosofía de la historia*, Jacobo Muñoz hace una introducción a algunas de las principales corrientes de pensamiento histórico, desde la filosofía griega, pasando por San Agustín, Herder, Kant y Hegel, hasta Marx. Muñoz dedica un apartado de esta obra a la reflexión sobre el historicismo de Ranke, a quien reconoce como el historiador que dotó de coherencia teórica a la corriente historicista. La propuesta rankiana se caracteriza, según el autor, por el papel neutral del historiador, el estado y las relaciones diplomáticas como principales ejes temáticos, la limitación del objeto de estudio a hechos políticos y militares y la excesiva recopilación de datos tales como fechas y nombres. Además, Ranke consideró que la historiografía jugaba un papel fundamental en el ámbito epistemológico, entendiéndolo que:

El único camino válido del conocimiento pasaba por un estudio histórico concreto, que permitiera aprehender la complejidad e individualidad de los hechos, para elevarse de ellos al conocimiento cimientamiento de verdades más generales. Ranke dirá: «La verdad de la historia es el proceso de la vida, del espíritu. Este proceso so que se muestra en el acontecer y sólo él es la verdad de la historiografía» (Muñoz, 2013, s.p).

Por su parte, Dilthey reflexionó acerca de los distintos acercamientos epistemológicos que implicaban, por un lado, las ciencias de la naturaleza y, por otro, las ciencias del espíritu —una distinción que él mismo estableció—. La historia pertenece a este último grupo, teniendo “la relatividad de toda concepción humana (...) la última palabra del pensamiento histórico” (i Pous, 1960, p. 64). Los hechos históricos, por tanto, no se *explican* tal y como se explican las leyes de la naturaleza, sino que se *comprenden*. Troeltsch, por otro lado, reflexionó acerca de la circularidad que implica el hecho “de que aquellas normas con las que se juzga la historia provienen ellas mismas de la propia historia” (Rohbeck, 2004, p. 31), lo cual lleva consigo un cuestionamiento de la validez de dichas normas, preparando “el terreno para la idea del círculo hermenéutico, propia de las humanidades posteriores” (p. 32). Aunque como se puede apreciar, el historicismo abarca un amplio abanico de posturas, desde el objetivismo inicial hasta las posiciones

relativistas como las de Dilthey, el presente trabajo se centrará en el enfoque historicista de corte rankiano, pues es el que servirá de punto de partida de las críticas de Benjamin y Nietzsche.

El positivismo se caracterizó no solo por la primacía de los datos históricos —obtenidos de fuentes documentales—, sino por su vinculación a información de carácter económico y demográfico. Su principal diferencia con el historicismo es que considera que la disciplina historiográfica es una ciencia equiparable a cualquier otra ciencia natural. En este sentido, otra de las principales diferencias entre ambas corrientes es que, mientras que el historicismo considera al sujeto humano como un ser en movimiento, el positivismo lo concibe como una naturaleza inmutable. El positivismo y el historicismo rankiano comparten, en cualquier caso, varias características, siendo los principales puntos en común la insistencia en alcanzar una “neutralidad valorativa” (Barolín, 2017, p. 244) y “la prioridad concedida a los datos y documentos como fuentes para construir la imagen del pasado” (Martínez, 2013, p. 24). Tanto es así, que historiadores como el propio Jacobo Muñoz consideran a Ranke como parte de la corriente positivista, fundamentalmente por su afán de hacer de la historia una narración basada en la enumeración de datos.

Otra propuesta historiográfica la encontramos en el materialismo histórico formulado por Marx, quien considera que las condiciones materiales y, más concretamente, las relaciones de producción constituyen la base de cualquier gran cambio histórico, el cual siempre es producto de la lucha de clases. Según la perspectiva marxiana la esencia del ser humano es el trabajo, por lo que las circunstancias bajo las que produce el sujeto es lo que define su vida espiritual. Así, “no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia” (Marx y Engels, 2014, p.21). Esta concepción materialista de la historia fue fundamental en la constitución en 1864 de la Asociación Internacional Obrera, o Primera Internacional, que estableció como objetivo último una sociedad sin clases. Sin embargo, en 1878 esta organización se disuelve formalmente debido, principalmente, a las diferencias entre marxistas y bakuninistas. No es hasta más de una década después —habiendo ya fallecido Marx—, en 1889, que se forma la Segunda Internacional, escindida en dos grandes corrientes, una reformista representada, principalmente, por Eduard Benstein y una ortodoxa con figuras como Rosa Luxemburg y Karl Kautsky.

### **3. Estado actual**

#### **3.1 La historiografía del siglo XX: debilitamiento de las alternativas al positivismo e historicismo**

La historiografía del siglo XX destaca por el surgimiento de la Escuela de Annales en 1929, caracterizada por el enfoque crítico y multidisciplinar con otras materias, tales como la sociología y la antropología, que se habían consolidado a lo largo del siglo anterior. Esta corriente historiográfica, que emerge como reacción ante las limitaciones que mostraban los planteamientos historicistas y positivistas, otorga al historiador un papel activo al considerar como su principal tarea la interpretación de los hechos, aunque se sigue persiguiendo la cientificidad de la historiografía como disciplina. No obstante, a partir del 68 comienzan a surgir múltiples corrientes historiográficas —como la historia social, la microhistoria o la historia cultural— que ponen en duda las grandes narrativas, incluida la de Annales. Ello, sumado a la falta de unidad teórica por parte de sus integrantes, hace que, tras un periodo de decadencia, la Escuela de Annales se disuelva en 1989. Por su parte, el marxismo atraviesa una importante crisis como consecuencia, principalmente, de “los modelos insatisfactorios del «socialismo real» (...) y el incumplimiento de las previsiones relativas a las crisis y hundimiento del capitalismo y a la revolución en las sociedades capitalistas desarrolladas” (García, 1978, p. 126).

Como consecuencia de la caída del marxismo y de la Escuela de Annales, en la actualidad se ha producido un retorno de un importante sector de la historiografía al positivismo por considerarlo el último baluarte de la disciplina. Asimismo, se advierte un movimiento significativo de defensa del historicismo como medio para “entender el presente como resultado de procesos sociales, culturales, económicos y políticos empíricamente comprobables” (Lewkowicz, 2020, p. 369).

#### **3.2 Vigencia de los planteamientos de Nietzsche y Benjamin**

Así, nos encontramos en un siglo XXI dominado, en el ámbito de la historiografía, por una recuperación del positivismo como una corriente fundamentada en la neutralidad del historiador, el paradójico olvido de la memoria como práctica histórica y la “eliminación del término futuro del lenguaje historiográfico” (Barros, 2018, p. 158). Todo ello sumado a una perspectiva historicista caracterizada por la búsqueda de leyes históricas que permitan comprender “lo que acontece fuera de las condiciones impuestas por la realidad temporal” (p. 370). Además, se defiende la idea de una causalidad histórica frente a las

tendencias postmodernistas que defienden la liberación del sujeto a través de la reivindicación de un presente totalmente emancipado del pasado. También se plantea la continuidad de los dilemas morales y éticos a lo largo de la historia y la consideración de que la memoria histórica no constituye “la forma más conveniente de entender la simbiosis entre causa y efecto ni de comprender la enseñanza que los sucesos (...) dejan para el individuo y la sociedad” (p. 374), entendiéndose que su uso obedece a motivaciones políticas, las cuales actúan en detrimento de la constatación empírica de los hechos.

Parece, pues, que nuestra situación respecto a la historiografía no se encuentra, pues, alejada de aquella que les tocó vivir, sucesivamente, a Nietzsche y Benjamin. Es por ello por lo que traer a estos autores al presente no solo es posible, sino razonable. Dentro de la vasta producción bibliográfica de Nietzsche, las *Consideraciones intempestivas* no han recibido toda la atención que su contenido merece, estando las investigaciones posteriores de su obra “en deuda con esta perspectiva” (León y Pessis, 2022, p.1). El presente trabajo se centra, concretamente, en la segunda de estas intempestivas por considerar que “el campo epistemológico y teórico de la historia puede recibir un gran aporte” (Pantaleo, 2014, p. 98) de ella. De hecho, este texto constituirá un referente fundamental en los posteriores análisis críticos sobre la historiografía, siendo las propuestas de Martin Heidegger y Michel Foucault algunos ejemplos de ello.

En 2021 José Antonio Zamora y Jordi Maiso publicaron una nueva edición de las tesis *Sobre el concepto de historia*, junto con otros ensayos de Benjamin sobre historia y política, con el objetivo de proponer una lectura que tome distancia de la imagen estereotipada del autor que, generalmente, se maneja en el presente y aborde en qué medida podemos considerar la vigencia de unas tesis benjaminianas que parecieron quedar obsoletas tras el fin de la Segunda Guerra Mundial:

Los hechos parecían incontrovertibles: no había sido la alianza del materialismo histórico y la teología la que había ganado la partida al fascismo y al nacionalsocialismo, sino la fuerza militar y la potencia económica del capitalismo liberal aliado. La socialdemocracia, que Benjamin tanto criticara, era la que había cambiado a fondo las sociedades capitalistas y las había convertido en un espacio de prosperidad y relativa justicia social (Maiso y Zamora, 2021, p. 15).

Sin embargo, es evidente que nuestra realidad es muy diferente a la de la posguerra. En un contexto caracterizado por una crisis medioambiental sin precedentes, el ascenso de

los autoritarismos en muchas de las democracias occidentales que parecían más que consolidadas y la persistencia de conflictos como el palestino-israelí, hacen que las aportaciones benjaminianas en torno al concepto de historia requieran de nuevo atención teórica, comenzando por la crítica, central en Benjamin, a la idea de “progreso”, la cual ha vuelto a dominar el panorama historiográfico actual.

#### 4. Discusión y posicionamiento

Aunque Nietzsche y Benjamin no fueron pensadores coetáneos, sí que desarrollaron su filosofía de forma sucesiva en el tiempo. En cuanto a su análisis historiográfico, Nietzsche centrará su única obra dedicada íntegramente al tema, *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, conocida también como la *Segunda consideración intempestiva*, a la crítica al historicismo y el positivismo histórico, aunque en otras de sus obras, como en el *Crepúsculo de los ídolos* o sus *Fragmentos póstumos*, se posicionará también respecto al trabajo del historiador romántico. Por su parte, Benjamin dedicará su crítica historiográfica—plasmada, sobre todo, en sus tesis “Sobre el concepto de historia”—principalmente al historicismo, planteando, por otro lado, la necesidad de una revisión del materialismo histórico. De cualquier forma, ambos autores parten de la idea de que la neutralidad en la que se vanagloria tanto el historicismo como el positivismo histórico es una farsa basada en un pretendido desinterés por parte del historiador. Dicho desinterés, además constituir un imposible, lejos de beneficiar a la disciplina histórica, dificulta su desarrollo.

##### 4.1 Nietzsche: el equilibrio entre lo histórico y lo ahistórico

4.1.1 ¿Cómo nos relacionamos con la historia? Historia monumental, anticuarial y crítica *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida* es la segunda de un total de cuatro obras que Nietzsche denominó “Consideraciones intempestivas” y que fueron publicadas entre 1873 y 1876. Lo que caracteriza y da unidad a este conjunto de textos es “la puesta en cuestión de modas y corrientes famosas que triunfan en el presente y consiguen muchas ventas y audiencias, pero que tienen los pies de barro y no resisten que se las analice desde cierta distancia” (Linares, 2018, p. 11). Así, lo intempestivo de estos escritos está en distanciarse de las tendencias dominantes de la Modernidad, en el caso concreto de la segunda consideración, de las corrientes historiográficas que en ese momento habían triunfado, es decir, el positivismo y el historicismo, a las que el filósofo se opone por ver en ellas un exceso de historicidad que tiene un efecto paralizante en la vida de quienes la propugnan. En oposición, y tomando como principal inspiración a Goethe, Nietzsche considera que la vida, y todo aquello que la potencia, se sitúa jerárquicamente en la cúspide de lo deseable, por lo que cualquier tipo de conocimiento, también el histórico, debe servir para impulsar al individuo a desarrollar su vitalidad, siendo esta tesis de juventud la que Nietzsche mantendrá a lo largo de toda su filosofía.

En su *Segunda consideración intempestiva* Nietzsche aborda el tema de la historia a partir de dos ideas fundamentales. La primera de ellas es su necesidad, denunciando con ello la falta de sentido histórico imperante en la filosofía en su obsesión por lo permanente e imperecedero. Esta crítica aparece también en otras obras del autor, como, por ejemplo, en el *Crepúsculo de los ídolos*, cuando Nietzsche señala como característica fundamental de los filósofos su “falta de sentido histórico”:

¿Me pregunta usted qué cosas son idiosincrasia en los filósofos?... Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la noción misma de devenir, su egipcismo. Los filósofos creen otorgar un honor a una cosa cuando la deshistorizan, *sub specie aeterni*, – cuando hacen de ella una momia. Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran, – se vuelven mortalmente peligrosos para todo, cuando adoran. La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento son para ellos objeciones, – incluso refutaciones. Lo que es no *deviene*; lo que deviene no *es*... Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es. Mas como no pueden apoderarse de ello, buscan razones de por qué se les retiene (Nietzsche, 2004, p. 51).

Nietzsche considera que la historia es necesaria para el desarrollo del ser humano. No obstante, debemos ser conscientes de los peligros que puede conllevar el exceso de la historia como acumulación de datos históricos, pues puede suponer una carga que dificulta el devenir vital. Esto es lo que observa en el historicismo de su época y su tendencia a limitar la labor historiográfica a la narración “desapasionada” de los hechos. Por eso, como se ha señalado en muchas ocasiones, esta obra constituye un ajuste de cuentas con la ciencia histórica de su época, algo que el autor señala ya en el prólogo:

«Por lo demás, detesto todo lo que no hace más que instruirme sin aumentar mi actividad o vivificarla inmediatamente». Con estas palabras de Goethe, como con un gran *Ceterum censeo* cordialmente expresado, puede comenzar nuestra consideración sobre el valor y el no-valor de la historia. En ella se expondrá por qué, según las palabras de Goethe, hemos de detestar seriamente la enseñanza sin vivificación, el saber en el que se paraliza la actividad, la historia como lujo y preciosa superabundancia de conocimientos — por esto, porque nos falta todavía

lo más necesario y porque lo superfluo es enemigo de lo necesario (Nietzsche, 2018, p. 32).

A lo largo del libro, Nietzsche explica que la relación entre historia y sujeto puede ser de tres tipos: “en tanto que este es activo y aspira, en tanto que preserva y venera, y en tanto que sufre y necesita veneración” (p. 47). A estas tres formas que tenemos de relacionarnos con la historiografía Nietzsche los denomina, respectivamente, monumental, anticuaria y crítica. Cada una de ellas contará con una serie de ventajas y perjuicios, que analizaremos a continuación.

La historia monumental toma como referencia las grandes figuras y hazañas del pasado y de ellas extrae “la seguridad de que lo grande alguna vez se dio, en todo caso fue *posible* y, en consecuencia, volverá a ser posible alguna vez” (p. 50). Esta forma monumental de relacionarse con la historia es útil a la vida en tanto que provee de referentes cuando el individuo no encuentra modelos a seguir entre sus coetáneos. Sin embargo, el filósofo ve que la historia monumental también puede constituir un peligro, pues “engaña mediante analogías; con seductoras similitudes tienta al valiente a la temeridad y al entusiasta al fanatismo” (p. 52). Esto sucede cuando se tergiversa el pasado, seleccionando solo aquellas partes que interesan y ornamentándolas, a la vez que desprecia al resto de acontecimientos históricos. En esta historia monumental se podría ubicar el romanticismo alemán, del que Nietzsche fue crítico precisamente por considerar que el conocimiento del pasado por parte de esta corriente se pone al servicio, no de la vida, sino de ciertas estructuras de poder que lo utilizan para su legitimación, aunque el filósofo sí que se posicionará a favor de la tendencia romántica-aristocrática, en tanto que “rememora la cultura del individuo de acción que se proyecta en la existencia afirmativamente” (Romero, 2020, p. 101).

Por otra parte, la historia anticuaria “pertenece (...) al que preserva y venera, a aquel que con lealtad y amor mira allí de donde proviene y en donde se ha formado: con esta piedad expresa, en cierto modo, su gratitud por su existencia” (Nietzsche, 2018, p. 55). Así, esta forma de relacionarse con la historia se caracteriza por la voluntad de conservación de la tradición, lo cual tiene para Nietzsche la ventaja de proporcionar a los individuos un sentimiento de pertenencia a una determinada comunidad, lo que evita que estos vaguen sin rumbo e inicien guerras por tratar de conquistar territorios que no le corresponden. Además, esta historia anticuaria concibe el hecho histórico como un objeto, una “reliquia”, a la que el historiador tiene acceso, como si de un comprador en una tienda de

antigüedades se tratara, siendo el positivismo y el historicismo exponentes de esta forma de relacionarse con la historia. Para Nietzsche el principal peligro de la historia anticuaria es que su servidumbre a la objetividad desemboca en una “vida dominada” que “no vale gran cosa, porque es mucho menos vida y garantiza mucha menos vida para el futuro que la antigua vida dominada, no por el saber, sino por instintos y poderosas imágenes ilusorias” (p. 94). La desconfianza de un vitalista como Nietzsche a las promesas de la ciencia es algo transversal a su obra: para él la disciplina científica, lejos de ser emancipatoria, esclaviza al ser humano, pues implica el olvido de la vida. Así lo expresa el autor en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*: “la ciencia trabaja incontinentemente en ese gran *columbarium* de los conceptos, necrópolis de las intuiciones” (Nietzsche, 2012, p. 34). En el caso del historicismo la vida se pone al servicio del hecho histórico y, por su parte, el positivismo aspira a convertir la historia en una ciencia más, otorgándole al dato empírico la última palabra, en un afán propio del siglo XIX, que podemos decir que se extiende hasta nuestros días, de aproximar cualquier disciplina al método científico.

La historia crítica es aquella que reflexiona y juzga el pasado. Este sentido crítico es beneficioso siempre y cuando ese veredicto responda al impulso vital de superación. No obstante, para Nietzsche esta forma de historia también presenta un peligro cuando el proceso de crítica toma la estructura de un círculo vicioso, de manera que dicha crítica carece de efecto y solo da lugar, a su vez, a otras críticas. Se pierde, así, de vista el objetivo que ha de tener la historia, esto es, estar al servicio de la vida para potenciarla. Además, se debe dejar atrás la ilusión de que la crítica del pasado nos libera de los errores que cometieron aquellos que nos precedieron, “pues siendo como somos los resultados de generaciones anteriores, somos también los resultados de sus yerros, pasiones y extravíos, y aun de sus crímenes; no es posible desligarse del todo de esta cadena” (Nietzsche, 2018, p. 60).

Cada individuo o pueblo puede optar por cualquiera de estas formas de relacionarse con la historia, siempre y cuando tenga presente que, en cualquier caso, el conocimiento histórico debe ponerse al servicio de la vida:

Cada individuo y cada pueblo requieren, según cuáles sean sus metas, fuerzas y necesidades, un cierto conocimiento del pasado, bien sea como historia monumental, como historia anticuaria o como historia crítica: pero no como una cohorte de pensadores puros que se limitan al papel de observadores de la vida,

no como individuos ávidos de saber a quienes únicamente el saber puede satisfacer y para los cuales el aumento de conocimiento es la meta en sí misma, sino siempre tan solo para los fines de la vida y, por lo tanto, bajo el señorío y la dirección suprema de estos fines (p. 63).

En ese sentido, el filósofo considera que el sujeto de la historia es aquel que se desenvuelve a sus anchas, el activo, el progresista (p. 44). En esta definición se puede apreciar ya un esbozo de lo que posteriormente Nietzsche denominará en *La gaya ciencia* como superhombre. En el texto que nos ocupa, *La segunda consideración intempestiva*, Nietzsche menciona a los seres humanos históricos, cuya “mirada fija en el pasado los empuja hacia el futuro, los alienta a continuar luchando con la vida y enciende en ellos la esperanza de que lo bueno todavía vendrá” (p. 42). A estos hombres históricos —que en tanto que ponen la historia no al servicio del mero conocimiento, sino de la vida, quizás es más adecuado denominarlos *ahistóricos* (pp. 42 y 43)— el filósofo opone la postura de los hombres suprahistóricos, concepto con el que se refiere a aquellos que, no creyendo en el carácter progresivo de la historia, tienen la capacidad para “abstraerse de su condición histórica y verla desde fuera” (Polivanoff, 2011, p. 88). Esta perspectiva suprahistórica se caracteriza porque en quienes forman parte de ella subyace la voluntad de trascender, algo que Nietzsche identifica como un peligro en tanto que puede actuar “en detrimento de la historia viva o del instinto de crear” (Jiménez, 2021, p. 151).

#### 4.1.2 “Fuerza plástica” y memoria crítica

Para Nietzsche “lo ahistórico y lo histórico son por igual necesarios para la salud de los individuos, de los pueblos y de las culturas” (2018, p. 39), pues en el ámbito de lo humano, a diferencia de, por ejemplo, el animal, un olvido total resulta inconcebible —solo podemos aspirar a él con la llegada de la muerte y esta implica el fin de la existencia y, por tanto, la extinción del presente— pero, a su vez, entregarnos al recuerdo no puede traer sino malestar: “es siempre una sola cosa la que hace que la felicidad sea felicidad; el poder olvidar, o dicho en términos más eruditos, la facultad de sentir de forma ahistórica todo el tiempo de su duración” (p. 94). Aquí entra en juego el concepto de “fuerza plástica”, entendida como la “capacidad de asimilar el pasado al servicio de la vida, de modo que no se reduzca a un “conocimiento interno”, sino que pueda externarse de manera creativa” (Frey, 2015, p. 284). Es decir, la fuerza plástica es lo que nos permite alcanzar un equilibrio entre memoria y olvido. Consiste en la disposición intrínseca de un

sujeto humano, pero también de un pueblo o de una cultura (Nietzsche, 2018, p. 38) a tornar lo que le es dado, esto es, el pasado —con todos los valores que a él van asociados—, en aquello que potencie su voluntad de poder en el presente, entendiendo esta, a su vez, como el “impulso interior que lleva a la expresión de la afirmación vigorosa de las fuerzas ascendentes del hombre, el acrecentamiento de su poderío” (Vásquez Roca, 2012, p. 49). En esta línea, el filósofo plantea el desarrollo de una memoria crítica que “tiene una doble tarea: lucha contra “lo inculcado de tiempo atrás”, pero luego la tendencia se revierte y se “implanta una nueva costumbre”” (Frey, 2015, p. 284). De esta forma, hay un momento no solo de destrucción, consecuencia del análisis crítico del pasado, de aquellos elementos que se convierten en una carga en el presente, sino de creación de nuevos valores que se pongan al servicio de la vida.

#### 4.1.3 La genealogía como análisis histórico

Puede que, como consecuencia de su formación como filólogo, el principal método de análisis histórico defendido por Nietzsche fue el de la genealogía, que se centra en la búsqueda del origen de los valores con el objetivo de poner en duda su carácter objetivo y absoluto. Romero Cuevas ve la genealogía como la realización, por parte de un Nietzsche maduro, de la historia crítica planteada en la *Segunda consideración intempestiva* (2011, p. 153). De cualquier forma, aunque para Nietzsche es fundamental recurrir al olvido a la hora de enfrentarse al presente, en lo historiográfico su metodología será la genealógica, que consiste precisamente en recomponer lo olvidado con el objetivo de despertar una sensación de “extrañamiento” respecto a los valores con los que estamos familiarizados para dar cuenta de su carácter contingente. De esta manera, el método genealógico rompe con la idea de que la historia se desarrolla atendiendo a un principio de continuidad para, en su lugar, “advertir las rupturas, los umbrales a partir de los cuales una determinada idea u objeto se transforman radicalmente y pasan a ser interrogados y problematizados de otro modo” (Cano, 2013, p. 269). Así, la genealogía es para Nietzsche una metodología que pone en duda la idea de progreso como una “consecución paulatina y sin costes, no traumática, de estados más elevados y desarrollados impulsada por una legalidad histórica providencial” (Romero, 2011, p. 151). Constituye, por tanto, una aproximación teórica que niega la neutralidad, pues es el propio historiador quien, en primer lugar, identifica cuáles son las cuestiones que precisan analizarse y, en segundo lugar, reflexiona sobre su origen y evolución.

En definitiva, la genealogía es el método que hace posible la transvaloración de los valores defendida por Nietzsche (p. 155), la cual consiste, en realidad, en una recuperación de “la identificación aristocrática de los valores (bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios)” (Nietzsche, 2011b, p. 52) frente a la defendida por la tradición judeocristiana de considerar la bondad como sinónimo de sometimiento. En *Genealogía de la moral* el filósofo se pregunta por el origen de lo que entendemos por “bien” y “mal”. Para Nietzsche hubo un momento en el que los seres humanos poderosos se definieron a sí mismos “como buenos, o sea, como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo”, correspondiéndose esto último a la categoría de lo “malo”. Desde un punto de vista etimológico esta tesis se corresponde con el origen de la palabra «noble», entendida en su sentido estamental, que es “el concepto básico a partir del cual se desarrolló luego, por necesidad, «bueno» (...) un desarrollo que marcha siempre paralelo a aquel otro que hace que «vulgar», «plebeyo», «bajo», acaben por pasar al concepto «malo»” (pp. 44 y 45). No obstante, el resentimiento de las clases bajas impulsado por el judaísmo hace que estos valores terminen por invertirse, de manera que se pasa a entender que bueno es aquel que sufre: el miserable, el pobre, el impotente (p. 52), mientras que el poderoso y fuerte se convierte en el malvado. Nietzsche considera importante ubicar el origen de esta transvaloración, que perdura hasta nuestros días, para ilustrar de esta manera que los valores de bondad y maldad tienen un carácter histórico y, por tanto, contingente. Con ello nos invita a retornar al significado originario de bondad y maldad, no por considerarlo más puro, sino porque reafirma su concepción vitalista, pues “mientras que el hombre noble vive con confianza y franqueza frente a sí mismo (...), el hombre del resentimiento no es franco, ni ingenuo, ni honesto y derecho consigo mismo” (p. 58).

## **4.2 Benjamin: la importancia de la memoria de los vencidos**

### 4.2.1 Crítica al historicismo y al materialismo histórico de la Segunda Internacional

Benjamin redactó sus tesis *Sobre el concepto de historia*, publicadas póstumamente, entre 1939 y 1940. Sin embargo, el filósofo había empezado mucho antes a elaborar las ideas que aparecen en estos escritos. Así lo expresa en una carta dirigida a su amiga —y mujer de Adorno— Gretel Karplus en 1940, apenas cuatro meses antes de su muerte:

La guerra y la constelación consecuente me dieron motivo para registrar algunos pensamientos de los que puedo decir que durante casi veinte años estuve

manteniendo dentro custodiados, sí, custodiados de mí mismo. También es esta la razón de por qué apenas si les hablé de manera superficial al respecto. La conversación bajo los castaños fue una brecha en estos veinte años. Y todavía hoy te entrego estos pensamientos más como un ramo de hierbas susurrantes, recogidas durante un paseo meditativo, que como una colección de tesis. (...) Por lo demás, a pesar del carácter experimental que le es propio, estas reflexiones servirán no solo en las cuestiones de método para preparar una continuación del Baudelaire. Me hacen sospechar que el problema del recuerdo (y del olvido) que aparece, en otro plano, en estas reflexiones, me tendrá ocupado todavía por mucho tiempo” (Benjamin y Adorno, 2011, pp. 446 y 447).

En su libro *Medianoche en la historia* Reyes Mate interpreta las tesis benjaminianas indagando en el contexto sociopolítico que lleva a Benjamin a escribir, finalmente, sus reflexiones acerca del concepto de historia. El filósofo judío había llegado a París en 1933, exiliado tras la toma de poder del Partido Nazi en Alemania. En los años posteriores el panorama político no dejó de ensombrecerse. La firma del Tratado de Múnich y el Pacto-germano-soviético, en 1938 y 1939 respectivamente, y en especial este último, afecta de manera importante a Benjamin, aunque pronto pasa del abatimiento a “cierto alivio al sentirse por fin libre para ajustar las cuentas con el comunismo” (Mate, 2023, p. 14). Así, Benjamin criticará la fe ciega en el progreso del historicismo, pero también del marxismo de su época, frente a la que defenderá la idea de catástrofe como motor de la historia.

Por otro lado, el filósofo alemán pondrá en duda la concepción del tiempo histórico como lineal y continuo, que desemboca en una actitud de esperar a que la historia colapse por sí misma, y la ilusión historicista de una narración objetiva de los hechos. Para Benjamin “articular históricamente el pasado no significa conocerlo «tal y como verdaderamente ha sido»” (Benjamin, 2021, p. 69). De hecho, tras la pretensión de que los hechos hablen por sí solos se encuentra una oculta empatía hacia el vencedor (p. 70). Así, es claro que el principal problema que presenta el historicismo es que da la espalda al bando de los vencidos, cuyo valor se reduce a ser la evidencia del triunfo de los vencedores, tal y como “las piedras del Partenón o las pirámides de Egipto o la Nefertiti egipcia solo lucen si figuran en el British Museum de Londres, en el Louvre de París o en el Aegyptisches Museum de Berlín” (Mate, 2023, p. 139).

Como se ha visto, Benjamin también dirige su crítica hacia el materialismo histórico de su época, esto es, el de la Segunda Internacional. De hecho, su tesis I comienza con una metáfora que introduce de la siguiente manera: “se dice que debe haber existido un autómatas construido de tal modo que, cada movimiento de un jugador de ajedrez replicaba con otro movimiento que le aseguraba el triunfo en la partida” (Benjamin, 2021, p. 65). Este ajedrecista, basado en el invento de Wolfgang von Kempelen que inspiró el cuento de Edgar Allan Poe *El jugador de ajedrez de Maelzel*, realmente funciona gracias a que “bajo la mesa se sentaba un enano jorobado que era un maestro en el ajedrez y guiaba la mano del muñeco por medio de unos hilos” (pp. 65 y 66). Siguiendo la metáfora de Benjamin ese autómatas es el materialismo histórico y el papel del “enano jorobado” corresponde a la teología. El automatismo al que se refiere el filósofo se corresponde con la idea propia de la concepción materialista de la historia propia de su época de que el avance técnico y tecnológico llevará, por sí mismo, a la revolución socialista. Como es una consecuencia necesaria, no se precisa de ninguna acción por parte del sujeto, tan solo hay que esperar a que la historia se desarrolle. A la teología que está detrás de ese autómatas que es el materialismo histórico, se la oculta deliberadamente por lealtad a los valores ilustrados, pues “la Modernidad ha tenido que librar una dura batalla contra la religión para lograr su propio espacio” (Mate, 2023, p. 51). Sin embargo, para Benjamin la teología tiene el valor de interesarse por “aspectos de la vida que se hacen invisibles en la filosofía moderna. Por ejemplo, los muertos” (p. 54). En Benjamin el tema de la muerte es fundamental, pues, como se verá más adelante, el sentido de la historia es hacer justicia respecto a las vidas de los que ya no están. Es eso lo único que nos puede garantizar no solo un futuro mejor, sino un presente digno de ser vivido.

#### 4.2.2 Memoria, débil fuerza mesiánica y redención

Benjamin considera, según apunta Reyes Mate, que la memoria constituye la “salvación del pasado y del presente” (p. 108), refiriéndose en concreto a la memoria de los oprimidos, que es la que puede poner fin a lo que el filósofo concibe como uno de los grandes engaños del historicismo: que el tiempo histórico es continuo, lineal y obedece a una lógica de progreso —un error que, como se ha visto, también comete el materialismo histórico—. Reivindicar la memoria significa recuperar en el presente la imagen del tiempo pasado como catástrofe y, así, “hacer saltar el *continuum* de la historia” (Benjamin, 2021, p. 79). De esta manera, para Benjamin el sujeto de la historia es la clase oprimida que lucha, ya que es la que puede dar cuenta de que el progreso es un fraude

cuya función es permitir a la historia edificar sin remordimientos sobre las ruinas de lo que pudo ser y no fue, es decir, sobre las aspiraciones truncadas de los oprimidos.

Como ya se ha adelantado anteriormente, en su tesis VII Benjamin deja claro que el historicismo se caracteriza por su empatía con el vencedor, de forma que “quienes dominan en cada momento son los herederos de todos los que han vencido en alguna ocasión” (p. 70). En este sentido, hay algo con lo que contamos en el presente y que nos permite hacer justicia respecto al pasado silenciado de los oprimidos, es lo que Benjamin llama la “débil fuerza mesiánica” (p. 67). Con la utilización de este concepto, el filósofo se refiere a la capacidad que cada generación tiene para prestar atención a aquellos que le han antecedido y que, por no pertenecer al bando de los vencedores, han quedado enmudecidos y excluidos de la narración histórica y, por tanto, de toda consideración en el presente. En este punto resulta fundamental, por tanto, el concepto de “redención”, entendido como la liberación de los oprimidos de su condena a caer en el olvido, condena que se encarga el historicismo de hacerle cumplir. Cada generación es responsable, pues, de hacer presente el pasado redimiéndolo de su fracaso (Mate, 2023, p. 69). Ese impulso redentor tiene como finalidad conciliar la potencialidad pretérita con la actualidad. Así, la redención no solo se trata de un ajuste de cuentas con esas generaciones abatidas, sino que “incluye necesariamente también una novedad histórica abierta al futuro, asociada a la realización de potencialidades negadas en el pasado y reparadas en una sociedad emancipada” (Casas, 2020, p. 38).

Benjamin pone el énfasis en la labor que podemos hacer en el tiempo que nos ha tocado vivir para que “el futuro no sea prolongación de este presente” (Mate, 2023, p. 141), lo cual solo es posible, como se ha visto, recuperando del pasado aquellos desechos que los historicistas descartan en su narración, es decir, convirtiéndose en un “traperero” de esos que “aparecieron en mayor número en las ciudades desde que los nuevos procedimientos industriales dieron los desperdicios un cierto valor” (Benjamin, 1989, p. 31). Hacer eso implica recuperar del pasado los proyectos de vida frustrados que no han tenido cabida en nuestro presente para lograr su redención en el futuro, rompiendo así con la tiranía que supone la apropiación de la narración histórica por parte del bando vencedor. Por ese motivo, a diferencia del materialismo histórico, Benjamin no ubica el motor de la fuerza revolucionaria en el futuro, sino en el pasado.

### 4.2.3 La necesidad de repensar el materialismo histórico

Benjamin considera que el materialismo histórico es la doctrina adecuada de análisis historiográfico. No obstante, piensa que las posiciones marxistas de su época incurren, como se ha visto, en una serie de errores que es necesario solventar. Además, el materialismo histórico debe desprenderse de la ilusión del progreso y el tiempo histórico lineal y, en su lugar, considerar la catástrofe como principio rector de la historia y el tiempo histórico como “un tiempo rebosante de ahora [*Jetztzeit*]” (2021, p. 77).

Ya en su primera tesis, el filósofo reclama la necesidad de reconciliar teología y materialismo histórico en el sentido de recuperar la idea de la débil fuerza mesiánica que a cada generación le es concedido para que pueda redimir al antepasado oprimido. En dicha tarea es fundamental que el materialista histórico se convierta en un *flâneur*, un concepto que Benjamin toma de Baudelaire y con el que se refiere al “sujeto que transita por las vitrinas, entre las muchedumbres, y quien, con cierta distancia, “mira” la progresiva explosión arquitectónica parisina, y con ella, las nuevas configuraciones de la ciudad que resaltan la lenta elevación de la mercancía como objeto cenit” (Guerrero, 2020, p. 150). Sin embargo, con esta mirada de *flâneur* o cronista no es suficiente, sino que se requiere que el sujeto tome un papel activo, pues no basta con saber que hay un pasado oprimido, sino que se trata de redimirlo. Para ello, dice Benjamin en su tesis VII, la tarea del materialista histórico es “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”, es decir, sacar toda la suciedad que el relato histórico, aparentemente impoluto, esconde. Así, si lo que caracteriza a al historicismo es la empatía con el vencedor, a lo que debe aspirar el materialista histórico es a la “construcción histórica” orientada al “recuerdo de los sin-nombre” (Mate, 2023, p. 141). De esta forma, la clave no está, como el materialismo histórico contemporáneo a Benjamin pretende, en esperar a que la historia colapse por sí sola, sino en provocar ese colapso al mostrar que el progreso es tan solo una ilusión monstruosa que se sostiene sobre los hombros de los que han perdido a lo largo de la historia.

### 4.3 Nietzsche y Benjamin: puntos en común y divergencias

Tanto Nietzsche como Benjamin señalan la falsedad de la presunta objetividad del historicismo y denuncian la selección interesada de determinados hechos históricos a favor de ciertos movimientos políticos, en el caso de Nietzsche, o del bando vencedor, en el caso benjaminiano. Sin embargo, en Benjamin vemos la reivindicación de la figura del

vencido, algo que en Nietzsche es impensable si tenemos en cuenta que su ideal de sujeto humano es el superhombre, caracterizado precisamente por su fortaleza y que se opone, por tanto, al “prójimo”, al “pobre”, al que “más sufre” (Nietzsche, 2011a, p. 452).

Por otro lado, Nietzsche y Benjamin critican la fe ciega en el progreso que caracteriza al historicismo y hacen énfasis en que la felicidad está vinculada al presente, en el caso de Benjamin, a través de la redención mediante la débil fuerza mesiánica que nos ha sido dada para garantizar la memoria de los oprimidos y, en Nietzsche, a la fuerza plástica que nos permite liberarnos de aquellas cargas del pasado que son contrarias a la vida. Mientras que Nietzsche considera el exceso de pasado como obstáculo para el desarrollo pleno de la vida, Benjamin ve en el tiempo pretérito el catalizador de la fuerza revolucionaria, ya que es donde nuestros antepasados vencidos aguardan justicia. Respecto a lo que está por venir, cabe recordar que Nietzsche valora la posición de los hombres históricos en tanto que “solo miran hacia atrás para llegar a través de la consideración del proceso hasta ahora operado a la comprensión del presente y aprender a desear con más vehemencia el futuro” (Nietzsche, 2018, p. 42). Para el vitalismo que defiende el filósofo, el pasado sirve en la medida en que potencia el presente y nos impulsa a aspirar a un futuro mejor. Benjamin, por su parte, ve en el futuro la posibilidad de realización del pasado silenciado por el historicismo, siempre y cuando en el presente empleemos nuestra débil fuerza mesiánica para su redención, de forma que “la salvación se aferra al pequeño salto en la continuidad de la catástrofe” (Benjamin, 2012, p. 428).

Por otra parte, el enfoque genealógico de Nietzsche rompe, al igual que la crítica al materialismo histórico de la Segunda Internacional de Benjamin, con la lógica tanto del historicismo como del positivismo histórico de que el tiempo histórico es lineal, entendiendo, además, que concebir que el progreso responde a un proceso histórico continuo y no lacerante “es pura mistificación” (Romero, 2011, p. 151). Además, ambos autores exigen que el sujeto debe tomar un papel activo en el devenir histórico y critican al historiador “que lo sabe todo y no es capaz de decir algo que dé salida a las aporías del presente” (Mate, 2023, p. 200).

Por otra parte, en Nietzsche se aprecia la voluntad, al igual que en Benjamin, de “un saber a contrapelo” (Romero, 2011, p. 167), aunque en su caso con el objetivo de poner en evidencia el carácter histórico y no necesario de los valores que, sin embargo, han adquirido en nuestra vida el estatus de verdades absolutas. Así, ambos autores denuncian el carácter pasivo que el historicismo y el positivismo histórico confieren al sujeto que

conoce la historia, una pasividad que acaba por incapacitarles “para ver el pasado como posibilidad del presente” (Cano, 2013, p. 275). No obstante, el gran abismo que separa a los dos filósofos es la identificación del sujeto de la historia. Para Nietzsche es el superhombre el único que tiene algo que decir respecto al devenir histórico, pues posee la voluntad de poder necesaria para superarse a sí mismo, respondiendo solo ante sus propios valores y reafirmando su fortaleza. Por su parte, Benjamin concede el protagonismo a la clase oprimida *que lucha*, dejando claro con esta definición que “no se es sujeto de la historia por pertenecer a una clase” (Mate, 2023, p. 199), sino por el grado de implicación que, perteneciendo a esa clase, se asume.

## 5. Conclusiones y vías abiertas

En diciembre de 2007 se aprobó en España la primera Ley de Memoria Histórica con el objetivo de reparar los daños morales de las víctimas de represión y violencia durante la Guerra Civil y el franquismo, así como de sus familiares. Su contenido es actualizado 15 años después, en octubre de 2022, tomando la forma de la Ley de la Memoria Democrática, que, entre otras novedades, condena de forma explícita el golpe de Estado de 1936 y la Dictadura, establece el derecho a la investigación de crímenes de lesa humanidad cometidos durante ese periodo de la historia y promueve la formación histórica de la ciudadanía en la importancia de los valores democráticos, haciendo especial énfasis en el papel de la Transición en la instauración de estos valores en España. Ambas legislaciones nos permiten entender la importancia de la memoria asociada a la historia tal y como la entendía Benjamin, esto es, como el camino a seguir para lograr la redención de nuestros antepasados oprimidos y ser así capaces de forjar un futuro que no se sustente sobre las ruinas de sus anhelos. Se trata, así, de la reivindicación de una historia que sirva de impulso a la vida, al modo nietzscheano.

En esa línea, existen corrientes dignas de mención, tales como la Historia Pública y de la Memoria o la denominada Historia a Debate. La Historia Pública y de la Memoria parte de la tesis de que la memoria colectiva es la principal aplicación política que tiene la historiografía. Esta propuesta encuentra en la memoria la posibilidad de traer “el pasado a la vida emocional del presente” (Steinberg, 2004, p. 20). Por su parte, la Historia a Debate surge a finales del pasado siglo de la mano de un grupo de historiadores descontentos con el desarrollo de la disciplina historiográfica actual como relevo de la corriente positivista. Fundamentalmente, su propuesta consiste en constituir un espacio para, en palabras de su principal representante, el español Carlos Barros, “la reflexión y la autorreflexión sobre el oficio y la escritura de la historia (Barros, 2010, p. 171) mediante la organización de encuentros internacionales entre historiadores en busca de “un nuevo consenso (paradigma) para el oficio de historiador en el siglo XXI” (*Ídem.*). Otra vía de investigación que merece la pena desarrollar la encontramos dentro de la propia corriente historicista, en su vertiente más relativista, con el “historicismo vitalista de Dilthey, que propugna “comprender la vida y sus objetivaciones históricas desde la vida misma” (i Pous, 1960, p. 75).

A la luz los problemas abordados en el presente trabajo, parece que rescatar las críticas que hacen Nietzsche y Benjamin a la historiografía, especialmente al historicismo y el

positivismo, constituye un buen punto de partida para analizar los problemas que en la actualidad aquejan dicha disciplina. Concretamente, resulta fundamental retomar la imagen de la catástrofe como el elemento subyacente a la idea de progreso, la actitud de sospecha ante la tan extendida pretensión de objetividad de la historiografía, la invitación a tomar un rol activo a la hora de comprender e interpretar la historia, pero, sobre todo, la reivindicación de una disciplina histórica al servicio de la vida cuyo objetivo primordial sea proporcionar posibles soluciones a las encrucijadas de nuestra actualidad más inmediata. Todo ello partiendo de que, acorde a la consideración nietzscheana que Benjamin recupera en su tesis XII: “necesitamos la historia, pero la necesitamos de otra manera que el ocioso paseante en el jardín del saber” (Nietzsche, 2018, p.32).

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Barolín, E. F. (2017). La Historia de las Relaciones Internacionales: aportes para su reflexión. *Perspectivas: revista de ciencias sociales*, 2(3), 241-253.  
<https://doi.org/10.35305/prcs.v0i3.308>
- Barros, C. (2018). Oficio de historiador, ¿nuevo paradigma o positivismo? *De Raíz Diversa. Revista Especializada En Estudios Latinoamericanos*, 1(2), 17-48.  
<http://dx.doi.org/10.4471/hse.2014.10>
- Benjamin, W. y Adorno, G. (2011). *Correspondencia 1930-1940*. Eterna Cadencia.
- Benjamin, W. (2012). *El París de Baudelaire*. Eterna Cadencia.
- Benjamin, W. (2021). *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*. Alianza.
- Buroz Echenagucia, O.E. (2023). El historicismo y el historiador crítico de Walter Benjamin. *Lógoi. Revista de Filosofía*, (43), 172-192.  
<https://doi.org/10.62876/lr.vi43.6098>
- Cano, G. (2013). *Nietzsche y la crítica de la modernidad*. Biblioteca nueva.
- Casas, A. (2020). Tiempo histórico, redención y oprimidos en Benjamin. Aportes para la praxis político-cultural. *Revista de Ciencias Sociales*, 33(47), 31-48.  
<http://dx.doi.org/10.26489/rvs.v33i47.2>
- Frey, H. (2015). Nietzsche: la memoria, la historia: la Segunda intempestiva entre la crítica al historicismo y la negación de la filosofía de la historia. *Cuicuilco*, 22(64), 271-290.
- García Cotarelo R. G. (2007). La crisis del marxismo (I parte). *Revista de Estudios Políticos*, (5), 121-143
- Guerrero, K. V. (2020). Pasear con el paseante: Walter Benjamín, la pregunta por el flâneur y el sujeto del capitalismo. *Tesis psicológica: Revista de la Facultad de Psicología*, 15(2), 1-22. <https://doi.org/10.37511/tesis.v15n2a8>

- i Pous, E. C. (1960). La manipulación genética ante la moral. *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, 9(34), 66-75.
- Jiménez Pijaran, O. J. (2021). Memoria, olvido y trascendencia: las dimensiones de la historicidad en la Segunda consideración intempestiva. *Cuestiones de Filosofía*, 7(28), 133-152. <https://doi.org/10.19053/01235095.v7.n28.2021.11949>
- León, S. y Pessis, B. (2022). Nietzsche, una filosofía intempestiva. *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, 1(19), 1-3.
- Llinares, J.B. (2018). Prefacio. Nietzsche, F. *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida. Segunda consideración intempestiva*. Tecnos.
- López, M. R. (2015). Apuntes en torno a la relación entre historicismo, progreso y fascismo. *Límite: revista de filosofía y psicología*, 10(32), 54-63.
- Martínez Mesa, J. (2013). *La Ley educativa Claudio Moyano. Similitudes y diferencias con la actualidad* [Trabajo de Fin de Grado, Universidad de Valladolid]. <https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/3503/TFG-B.321.pdf>
- Maiso J. y Zamora J. A. (2021). Estudio introductorio. En Benjamin, W. *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia política* (9-64). Alianza.
- Marx, K. y Engels F. (2014). *La ideología alemana*. Akal.
- Mate, R. (2023). *Medianoche en la historia: comentarios a las tesis de Walter Benjamin «Sobre el concepto de historia»*. Trotta.
- Muñoz, J. (2013). *Filosofía de la historia*. Biblioteca nueva.
- Nietzsche, F. (2018). *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida. Segunda consideración intempestiva*. Tecnos.
- Nietzsche, F. (2004). *Crepúsculo de los ídolos*. Alianza.
- Nietzsche, F. (2011a). *Así habló Zaratustra*. Alianza.
- Nietzsche, F. (2011b). *Genealogía de la moral*. Alianza.

- Nietzsche, F. (2012). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*. Tecnos.
- Polivanoff, S. (2011). Historia, olvido y perdón. Nietzsche y Ricoeur: apertura de la memoria y el olvido a la vida. *Tábano*, (7), 83-101.
- Ranke, L. (1986) *Pueblos y estados en la historia moderna*, Fondo de Cultura Económica.
- Ríos López, M. (2014). Homme de Lettres. Trazos para una fisonomía de Walter Benjamin. *ALPHA: Revista de Artes, Letras y Filosofía*, (38), 269-282.
- Rohbeck, J, (2004). *Filosofía de la historia, historicismo, posthistoire: una propuesta de síntesis*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Romero Cuevas, J. M. (2011). Historia y crítica en el último Nietzsche. *Episteme*, 31(2), 145-170.
- Romero, M. (2020). Las críticas de Nietzsche a las corrientes historiográficas románticas.: Una evaluación desde lo corpóreo-vital. *Historiografías: revista de historia y teoría*, (19), 83-105.  
[https://doi.org/10.26754/ojs\\_historiografias/hrht.2020194546](https://doi.org/10.26754/ojs_historiografias/hrht.2020194546)
- Steinberg, M. P. (2004). El espacio público y sus marcas. *Puentes* (12), 13-20.
- Vásquez Rocca, A. (2012). Nietzsche: de la voluntad de poder a la voluntad de ficción como postulado epistemológico. *Nómadas*, (37), 41-53.